

OTRAS RAZONES

DERECHA-IZQUIERDA



Se es de derechas o de izquierdas por pasión, no por raciocinio. Eso explica el extraordinario fenómeno de que la inmensa mayoría de las personas adultas son de derechas o de izquierdas sin saber dónde está, o cuál es, su diferencia. Antes de seguir con esta rancia reflexión sobre la división real y política entre derecha e izquierda, se debe aclarar que el centro sólo existe como modo de gobernar común a la derecha y a la izquierda. Porque conviene situar el poder dirigente de un grupo —que pretenda durar— en el término medio de los temperamentos o tendencias que lo integran. Todos los gobiernos, incluso los más dictatoriales, y todos los partidos, incluso los más radicales, han sido dirigidos desde el centro de sí mismos. Sin embargo, cuando un partido se califica todo él de centro, la palabra toma una dimensión ideológica para hacer creer a los demás que el grupo se identifica con el centro de la sociedad civil a la que quiere gobernar. Partido de centro significa entonces partido de gobierno moderado desde la derecha. La izquierda no puede permitirse el lujo de tener partidos que se llamen de centro. Para lograr ese mismo efecto, el socialismo ha tenido siempre que hacer gala de su discrepancia sustancial con el comunismo. El frente popular niega la posibilidad de un partido de centro para gobernar moderadamente desde la izquierda.

Hasta después de la Primera Guerra Mundial no había dificultad para distinguir la derecha de la izquierda. Las posturas sobre la religión, la propiedad y la escolarización privada ponían a cada cual en su sitio ideológico. Pero el aparente ocaso de las ideologías no se produjo, como se cree, cuando la tecnoburocracia dirigía a uno y otro lado del telón de acero la industrialización acelerada de las naciones, sino cuando los obreros alemanes del 14 tomaron el fusil contra los obreros franceses, o sea, cuando empezaron las terribles utopías. En pleno fascismo italiano se preguntan en Francia si todavía tiene algún sentido la división entre la derecha y la izquierda. A fines de 1930, Alain dio una respuesta ingeniosa que hoy ha devenido tópica: «el hombre que plantea esta cuestión no es ciertamente un hombre de izquierda». Su pensamiento puedo resumirlo así: es de derecha el héroe del orden y de la patria, por cuyo amor se absuelve la injusticia; es de izquierda el héroe de la inteligencia, por cuyo honor vive, cueste lo que cueste, según lo verdadero. Aunque el maestro de Simone Weill nos aclare enseguida que no hace falta ser muy inteligente y que, siéndolo, se puede traicionar al espíritu de la verdad 10 veces por día, no comparto su grata opinión de que en la izquierda está la única posibilidad de coherencia moral de la inteligencia. Pero sí su feliz intuición de que la derecha pone su prioridad en grandes valores que absuelven la injusticia.

Según Alain, ningún partido de izquierda habría estado presente en la transición

española, puesto que ninguno ha transitado por el camino de lo verdadero. Quien hable de la necesidad de bajar a las alcantarillas del Estado, de manos sucias, de tragarse un sapo cada mañana, de mentir o

delinquir por razón de Estado, no puede ser hombre de izquierdas, ni persona decente de derechas. Si la propiedad privada no se cuestiona por ningún partido, si todos reconocen la necesidad de enseñanza pública obligatoria, si la religión es unánimemente respetada como algo íntimo, la diferencia entre la derecha y la izquierda sólo puede estar en la posición idealista ante la libertad y la justicia. La derecha digna ama la libertad, pero no su garantía institucional; procura la justicia penal, pero no contra titulares de cargos públicos. La derecha social y la izquierda igualitaria son reconocibles en sus demagogias. Pero no puede haber un partido en la oligarquía estatal que sea democrático, porque ella admitió en su seno al partido comunista para que no hubiera una izquierda política.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

ANTE LA CAMPAÑA ELECTORAL

¿Cómo va a ser la campaña electoral que se aproxima? Una de las muchas hendiduras por que hace agua el actual funcionamiento de la democracia en el mundo es la que se refiere a la degradación de las campañas electorales. Y es causa de la creciente abstención. Un proceso que debería dar lugar a la exposición de los programas y a la presentación de la identidad propia de los distintos partidos y formaciones es sustituido por las técnicas de marketing y publicidad comercial. Apoyadas en una dilapidación de recursos. Al mismo tiempo que, con vistas a la captura del mayor número posible de votantes, las formaciones difuminan su personalidad auténtica, convirtiéndose en confusas nebulosas. La mercantilización de la actual sociedad capitalista devora la política. Pero a ello, especialmente en nuestro país, especialmente, se suman viejos hábitos preindustriales: el culto al chiste y a la chulería. ¡Qué lamentable pobreza de ideas y de lenguaje en los discursos! Y ¡qué exuberancia, en cambio, de navajazos, de ocurrencias pretendidamente graciosas, de palabras y gestos arrogantes, sacando el pecho como chulos de taberna! Si miramos atrás y releemos discursos de la época de la II Repú-



blica la comparación es desoladora. Y, si recordamos el entusiasmo de las primeras elecciones tras la dictadura, en el 77, nos percatamos de cómo la ciudadanía se aleja del falseado escenario político.

Quizá las elecciones que se avecinan nos ofrezcan un espectáculo más saludable. Por lo menos se dan condiciones para tal mejoría. Es el resultado de que la confrontación se plantea entre la derecha y la izquierda con dos visiones opuestas, a pesar de todos los enmascaramientos de la política nacional. Un primer efecto es que la fantasmagoría del «centro», del pretendido «centrismo» se ha evaporado. Aquel centro, en cuya oscuridad, como se dijo del absoluto de Schelling «todos los gatos son pardos». Y, consecuentemente, el elector no sabe con cuál quedarse.

En primer lugar, a los representantes del PP les ha traicionado la vehemencia y la pasión, el susto que comentaba en mi anterior artículo. Y se han revelado como lo que son derecha, acérrima derecha. Cuando se habla del «socialcomunismo» agitando otra vez el fantasma, cuando se anuncia el apocalipsis que seguiría a su triunfo, cuando se falsean los hechos, presentando como un imposible aquello que está funcionando en otros países europeos, como Francia o Italia, no se puede seguir diciendo que se es de centro. El rey se queda desnudo.

Inversamente si los socialistas se alían con Izquierda Unida, tanto por los contenidos y base como por el mero nombre de esta formación, la monserga centrista de Schröder y de Blair cae por su base. Y el viaje del socialismo español hacia el centro izquierda ha de empezar a dar marcha atrás, lo cual no supone un retroceso, sino el regreso a la identidad histórica del PSOE. Y, con él, es de esperar la superación del desencanto que los socialistas más auténticos han debido experimentar durante estos años. Ciertamente, es esta recuperación lo que no desean las derechas. Acabo de escuchar un programa de radio, en que algunos intervinientes, cuyo talante conservador resultaba manifiesto, no acababan de creerse esta alianza de la izquierda y sofaban, ilusionados, con que se rompería pronto, en cuanto el PSOE reemprendiera su viaje al centro.

Para el elector, en cambio, si este proceso clarificador se mantiene, las nieblas se disipan y se encuentra ante el directo panorama de lo real. Con la inevitable confrontación de la derecha y la izquierda. Inevitable, porque, aunque en el juego de la confusión algunos pretendan lo contrario, vivimos en una sociedad de clases, por más que su estructura se haya complicado. ¿Es que no hay ricos en economía y poder frente a desposeídos de ambas realidades? Y en una sociedad de clases ineludiblemente se dan intereses antagónicos que se proyectan sobre la gestión de la república, de la cosa pública en sus diversos dominios, de la educación, la cultura, la sanidad, el trabajo, los servicios sociales y en el espíritu que debe dominar la convivencia colectiva. Por este camino y si, además, los mensajes y discursos elevan su tono y se enriquecen en sus contenidos podemos esperar una interesante campaña electoral que encauce el futuro inmediato de España.

Carlos PARÍS

LOS DESAIRES DE MARION

Marion, el comisario Marion, es persona principal e influyente en la Policía francesa y, como le ocurre a casi todos los que están en el poder, es amado y odiado. Para hablar de la lucha contra ETA en Francia hay que citar a Marion, para bien y para no tan bien.

Hoy se reúnen en Madrid los ministros del Interior de España y Francia. Las relaciones en este campo no pueden ser mejores. Mayor Oreja ha sabido culminar la labor que realizaron sus predecesores en el Departamento —en circunstancias extraordinariamente difíciles en algunos casos— y la colaboración, en especial en la lucha antiterrorista, es, como todo en esta vida, perfectible aunque es justo reconocer

que se pueden poner muy pocos «peros» a los otrora «irreductibles galos».

Sin embargo, queda Marion. En los últimos tiempos ha protagonizado dos desaires de los que han sido «víctimas» oficiales de la Guardia Civil y del Cuerpo Nacional de Policía destinados en Francia para misiones de coordinación. A uno le echó del despacho y al otro le devolvió la caja de vino, español por supuesto, que le había enviado por Navidad. Nuestros agentes sólo buscan colaboración y obtener la información en el plazo más breve posible. De ello, pueden depender muchas vidas.

Juan BRAVO

